

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

15

OFICIO DE MIRAR.
LA FACETA
PERIODÍSTICA DE
ANTONIO PEREIRA

DAVID RUBIO

Rubio, David (1977-)

Oficio de mirar : la faceta periodística de Antonio Pereira / David Rubio. – [León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira, 2018]

108 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio Pereira” ; 15)

ISBN 978-84-9773-913-9

1. Pereira, Antonio (1923-2009)-Crítica e interpretación-Discursos, ensayos, conferencias. 2. Prensa y literatura. I. Universidad de León. II. Fundación Antonio Pereira. III. Título.

821.134.2 Pereira, Antonio 1.07(043.2)

070:82

82:070

ISBN: 978-84-9773-913-9

Depósito Legal: LE-30-2018

Imprenta Kadmos

Salamanca 2018

ÍNDICE

Presentación	11
Oficio de mirar. La faceta periodística de Antonio Pereira	13
Anexo. Textos periodísticos de Antonio Pereira (selección)	55

El día 30 de noviembre de 2017, la Fundación Antonio Pereira organizó una conferencia extraordinaria sobre la labor periodística del escritor que da nombre a dicha Fundación. La conferencia fue impartida en la Fundación Sierra Pambley por el periodista y escritor David Rubio, con el título *Oficio de mirar. La faceta periodística de Antonio Pereira*. Este Breviario recoge aquella conferencia, con un anexo de textos periodísticos del propio Pereira.

PRESENTACIÓN

David Rubio (León, 1977), licenciado en Periodismo, ha compatibilizado desde hace años su profesión con la literatura. Trabajó durante más de una década en la desaparecida *La Crónica de León*, desempeñando diversas funciones en varias secciones. En 2013, fue uno de los fundadores de *La Nueva Crónica*, periódico del que actualmente es director. Por lo que se refiere a la literatura, en 1994 ganó el premio de relatos para estudiantes de bachillerato ‘Los nuevos de Alfaguara’, por su obra *Imaginar una memoria*. Ha publicado los libros de relatos *El aplauso de los chopos* (Liberarte), en torno a la lucha leonesa, junto al escultor leonés Amancio González; *La fuerza de los días*. *Historias de estudiantes Erasmus*, editado por la

Universidad de León; además, junto al periodista Roberto Fernández publicó *Historia del Ademar*, y junto a Fulgencio Fernández la peculiar obra *Personajes leoneses*, recopilación insólita del paisaje de la provincia leonesa. Es también autor de la biografía de Félix Martínez Llamazares *Félix, pan y fútbol*. Su obra más reciente es *Los cuatro paños del tiempo* (editorial Camparredonda). Además, ha participado en varias antologías de autores leoneses.

OFICIO DE MIRAR.
LA FACETA PERIODÍSTICA
DE ANTONIO PEREIRA

La relación entre el periodismo y la literatura es casi tan antigua como los orígenes de uno y otra. Obviamente, la literatura le lleva unos cuantos siglos de ventaja al periodismo, pero lo cierto es que en algunos de los textos clásicos, más que una perfeccionista búsqueda de la belleza a través de la palabra, como era habitual, se intuye también una inevitable tendencia a relatar lo que está sucediendo alrededor, a intentar analizarlo y comprenderlo, una forma de ejercer el periodismo probablemente inconsciente y que el escritor leonés Antonio Pereira, a cuya obra periodística se dedica el siguiente análisis, definió como el oficio

de mirar, título bajo el que uno puede incluir en toda su amplitud esa enriquecedora mezcla de lo literario y lo periodístico de la que tanto se han beneficiado ambas.

Del vaivén de las influencias entre el periodismo y la literatura se ha investigado en profundidad, en todas las épocas, en todos los territorios y en todas sus modalidades. Sin ir más lejos, en una de las últimas conferencias organizadas por la Fundación Antonio Pereira en abril de 2016, el periodista de *El Mundo* Antonio Lucas hizo un brillantísimo repaso sobre las conexiones entre uno y otra. Obviamente en el Congreso Internacional sobre la figura de Sabino Ordás, para el que se comenzó esta investigación, resultaba más que necesario el análisis de esa relación para algunos inevitable y para otros necesaria, puesto que más periodísticos que literarios fueron los primeros textos que se conocieron del llamado filósofo de Ardón, ese personaje fascinante que se inventaron entre Luis Mateo Díez, José María Merino

y Juan Pedro Aparicio. Muchos de sus primeros artículos incidían en una cuestión que tantas páginas ha llenado en periódicos y radios: su crítica a la creación de la comunidad autónoma de Castilla y León, a la que consideraba, como dejaba muy claro en sus primeros escritos, “asfixiadora y distorsionadora de la identidad leonesa”, según escribía en las páginas de *Diario de León* en 2007 el periodista leonés Emilio Gancedo, un tema que también centraría algunos de los artículos que escribió en el suplemento cultural del diario *Pueblo*. Sin embargo, en el recordado periódico madrileño que canalizó muchas de las más frescas ideas y propuestas de la llamada Transición democrática, la temática elegida por Sabino Ordás giraba, en la mayoría de los casos, en torno a las trampas que a los jóvenes creadores les tendía la modernidad mal entendida. Precisamente a los cambios que llegaron con los nuevos tiempos, no sólo al mundo del arte sino a la vida cotidiana, a la pérdida de algunas costumbres y la adquisición sin motivo

argumentado de otras, también dedicó muchas de las páginas que escribió en los periódicos el novelista, poeta y cuentista Antonio Pereira.

La relación entre el periodismo y la literatura, en ambos casos, resulta fundamental para entender su respectivos ‘nacimientos’ como escritores, tanto en el caso de Sabino Ordás como en el caso de Antonio Pereira. Más allá de la difusión que se hace de la literatura desde los periódicos, como de tantos otros temas, conseguir publicar un texto en un periódico ha sido el primer paso para muchos autores, ya que en la mayoría de ellos los suplementos culturales han prestado históricamente un espacio a la literatura, a los relatos, en forma de concurso o como simple oferta para sus lectores, especialmente en los domingos, cuando históricamente se ha llevado a cabo una lectura más pausada de la prensa porque el lector dispone de más tiempo y, por ello, se tratan los temas más en profundidad y se publican reportajes que cualquier otro día de la semana pasarían completamente

inadvertidos. Por eso el domingo siempre ha sido el día en que más difusión y ventas han tenido la mayoría de los periódicos, porque muchos de los lectores no contemplan una jornada de descanso sin la lectura pausada de su diario favorito. Y, dicho sea de paso, en la actualidad, con la caída de las ventas de las ediciones en papel de los periódicos, el domingo ha quedado casi como el único reducto para los lectores particulares, los que se llevan el ejemplar a casa, ya que el resto de los días de la semana las ventas se reducen, cada vez más, a establecimientos abiertos al público, en la mayoría de los casos bares e instituciones.

Sin ser ni más fácil ni más difícil, lo cierto es que hoy en día el panorama que se encuentran los escritores que se quieren abrir paso en el mundo de la literatura es radicalmente opuesto al que se encontró, por ejemplo, Antonio Pereira y el resto de los escritores de la que se podría denominar generación de los 50. Sin ir más lejos, hoy un escritor inédito puede subir su novela a

varias plataformas que existen en internet y que el lector pueda hacerse con el original no sólo en formato digital, sino que también se ofrece la posibilidad de imprimir un solo ejemplar para un solo lector que esté al otro lado del mundo. Pero en la segunda mitad del siglo XX, como es lógico, la situación no tenía absolutamente nada que ver, de modo que fue en los suplementos culturales de los periódicos donde ‘nacieron’ muchos escritores. La relación entre el periodismo y la literatura en el caso de Antonio Pereira resulta especialmente trascendente, ya que él fue uno de los que vio su primer texto publicado en un periódico, lo que sirvió para que se consolidara su ya temprana vocación como escritor, pero también resulta relevante que de las noticias publicadas en los periódicos, por lo general de las más curiosas y desgraciadamente también las que pasan más inadvertidas, nacieron varios de sus relatos breves, el género del que está considerado uno de los grandes maestros en lengua castellana, o

bien forman parte fundamental del argumento de algunos de ellos.

Dividiré el análisis de ‘La faceta periodística de Antonio Pereira’ en tres grandes apartados:

- 1) La importancia del periodismo en su vocación literaria.
- 2) La presencia del periodismo en algunas de sus obras.
- 3) Las características de los artículos que Antonio Pereira publicó en los periódicos.

1. La importancia del periodismo en la vocación literaria de Antonio Pereira

Antonio Pereira Gonzalez nació en Villafranca del Bierzo en 1923 y creció entre imprentas. En la localidad berciana, su tío y padrino era propietario de una, en cuya trastienda pudo leer a algunos de los grandes autores que le influirían para siempre. En Lugo, a donde se desplazó por motivos

familiares recién iniciada la Guerra Civil, pasó mucho tiempo en los talleres del diario *La Voz de la Verdad*, del que otro de sus tíos era tipógrafo. El olor a tinta y a papel condicionó para siempre sus pasiones, hasta el punto de que, siendo un niño, pidió a los Reyes Magos una imprentilla (que le trajeron) y, siendo adulto, reconocía tener debilidad por visitar las imprentas o los talleres de los periódicos en todas las ciudades que visitaba.

Por lo que se refiere a sus primeros años en Villafranca del Bierzo, el niño Antonio se vio misteriosamente influenciado por su tío y padrino Tomás Nieto. Digo misteriosamente porque el propio autor reconocía que su tío era un hombre tan callado y taciturno que en toda su vida no le habló más de tres o cuatro veces. En una entrevista publicada por Jesús Egido en *La Crónica de León* el 15 de enero de 1989, Pereira recordaba que su tío “era el impresor en Villafranca, propietario del único negocio de este tipo existente entre Ponferrada y Lugo, que es una distancia bastante

amplia. Este hombre, enormemente taciturno, que a lo largo de su vida no habló conmigo más de tres veces, me toleraba y aceptaba, sin importarle que yo estuviera en su trabajo, viendo cómo funcionaba aquello”. Además, entre los recuerdos de su infancia estaba una escena repetida de la que en más de una ocasión formó parte: “Mi tío iba todos los días a esperar los periódicos a una ladera desde la que se veía la llegada del tren de Toral de los Vados con las sacas del correo. Él, mientras aguardaba, siempre tenía un libro entre las manos, de manera que había allí una razón para que yo pidiera una imprentilla a los Reyes Magos”. De su precocidad como escritor también hablaba en aquella entrevista, asegurando que “realmente mis primeras publicaciones, y lo digo con rubor y fastidio porque los niños precoces son una institución que me gusta poco, datan de cuando yo tenía 12 ó 13 años. Quizás en un periodiquito que se llamaba ‘El Sembrador’, editado por la congregación religiosa de los Operarios Diocesanos, unos

curas que se dedicaban justamente a administrar los seminarios. No sé por qué aparecieron en Villafranca y, como a mí me tenía fichado el obispo de Astorga, don Antonio Senso Lázaro, por ser yo pequeño cantor de los Padre Paúles, y estaban deseando llevarme a cura, les mandaba alguna cosa literaria que ellos publicaban”.

En aquella imprenta villafranquina se editaban todo tipo de publicaciones en las que el joven Antonio Pereira iba poco a poco introduciendo sus escritos. Allí se hacía un semanario de cuatro páginas que se llamaba ‘La parroquial berciana’, en el que no sólo había cuestiones de tipo religioso, aunque el párroco anunciaba en él las novenas y los funerales, sino que incluía trabajos de cierta intención literaria en los que él colaboraba “no sin amargura tipográfica”, según reconocía en la mencionada entrevista, debido a que los escritos del poeta local Antonio Carvajal Álvarez de Toledo eran reproducidos en una hermosa orla que confeccionaba su tío, mientras que los escritos de

Pereira carecían de esos oropeles y a él eso le entristecía.

Fue precisamente Antonio Carvajal Álvarez de Toledo un personaje fundamental en la vocación de Antonio Pereira, tanto en la literaria como en la periodística, puesto que “siendo un niño de pantalón corto”, según él mismo reconocería años después, se presentó en casa de este “poeta romántico de capa y barba”, como él mismo lo definía, y consiguió que le hiciera una carta de recomendación para el director del Diario de León, don Filemón de la Cuesta, quien aceptó sus servicios. Era el año 1936.

Fue por tanto el *Diario de León* el primer periódico de carácter provincial donde Antonio Pereira publicó su primer texto, después de las colaboraciones casi clandestinas en las pequeñas publicaciones que veían la luz en la imprenta de su tío. En las ‘Notas de una vida’ que escribe Carmen Busmayor, la biografía más completa de las

publicadas hasta ahora del autor, se recuerda que “envió un texto a la redacción del periódico y obtuvo una respuesta del director que le entusiasmó: *Enhorabuena a un valiente como usted que a los trece años se atreve a lanzarse a la aventura del periodismo*. Fue algo así como un punto de inflexión para él, puesto que posteriormente en varias entrevistas fue recordando la fascinación que le produjo ver sus primeras letras publicadas en el hoy centenario rotativo leonés, una sensación de solemnidad que le hizo quedar para siempre cautivado por la magia de la imprenta en todas sus modalidades y que le dio el impulso definitivo para decidir que quería convertirse en escritor.

Precisamente en una entrevista publicada en *Diario de León* y realizada por el ya citado Emilio Gancedo pocos meses antes de su fallecimiento, con motivo del homenaje que le rendía la Asociación de Escritores, Pereira recordaba que el primer encargo del director Filemón de la Cuesta, con quien acabaría manteniendo una estrecha

amistad, fue “que le mandara corresponsalías de Villafranca”, aunque el autor reconocía, con su habitual socarronería que se convirtió en una de sus señas de identidad en relatos, artículos y también en las declaraciones que hacía a los periodistas en las entrevistas, que “yo le enviaba, por ejemplo, alguna reseña del cine, para ir a ver películas de balde; o algún madrigal dedicado a alguna chica para ver si me comía una rosca...”.

Sin embargo, cuando ya había iniciado una relación con el *Diario de León* y se había convertido en un joven y peculiar corresponsal en Villafranca del Bierzo, por motivos familiares tuvo que desplazarse a Lugo, al finalizar el verano de 1936 y con la Guerra Civil recién iniciada. El tiempo que pasó allí frecuentó los talleres del diario *La Voz de la Verdad* en la calle Conde Pallares y realizó pequeñas colaboraciones en Radio Lugo, gracias a la intervención del director de la emisora, Antonio Carvajal Herbón, hijo del citado poeta villafranquino Antonio Carvajal Álvarez de Toledo, y

también escritor él mismo. Reside en casa de su tío Salvador Pereira, sordomudo y excelente tipógrafo del mencionado rotativo.

De aquella época es su primer artículo publicado en un periódico que se conserva en la Fundación Antonio Pereira de la Universidad de León. Se cumplen estos días, nada más y nada menos, ochenta años de la publicación de aquel artículo. Fue el 27 de noviembre de 1937 en el periódico *Las riberas del Eo*, periódico de información galaico-asturiana, editado en Ribadeo y decano de la prensa lucense. En ese artículo, con tan sólo 14 años y en el contexto del conflicto bélico, que es como hay que entenderlo y contextualizarlo, además de la impulsividad propia de un chaval de su edad, Antonio Pereira hacía una descarnada crítica de la República y una encendida defensa de los mineros, a los que se sentía muy vinculado por haber nacido en el Bierzo, tierra minera por excelencia, y que le dolía especialmente que se deteriorase su imagen como

colectivo, que en otros muchos sentidos era ejemplar, por su implicación en determinados pasajes de los primeros meses de la Guerra Civil. El joven Pereira arrancaba su texto con un contundente: *“Acontecimientos trascendentales dignos de figurar en la rica y variada historia de la Nación hispana se han sucedido en Asturias a partir de la proclamación del nefasto régimen republicano. Pasarán los días, los años, los siglos... y en las generaciones venideras será un cuento legendario la narración de los horrores que la fauna marxista realizó en el hermoso reino de Don Pelayo, hechos no comparables ni siquiera con los cometidos por los árabes en los tiempos medievales de la Reconquista”*. Con un sorprendente dominio del lenguaje para su edad, con un estilo impropio de un joven de 14 años y añadiendo algunos datos históricos para contextualizar su argumentación, Pereira llegaba a afirmar en aquel artículo titulado ‘Asturias, la mártir’ que *“ya en los primeros meses de instauración de la funesta República comenzaron a caer los templos de los poblados asturianos,*

víctimas del fuego, de la profanación y los saqueos, y como la ineptitud de aquellos gobernantes era visible, los mineros azuzados como perros de presa por los dirigentes asalariados de Moscú redoblaron su satanismo, envenenadas sus mentes por la literatura llena de mítines y de papeles de términos exaltados". Relataba posteriormente cómo las tropas nacionales habían recuperado el territorio asturiano, y concluía con *"ya se han deshecho los juicios equívocos que algunos se habían formado de esa clase trabajadora y humilde, de esos hombres honrados en el fondo, cuyas manos encallecidas por el duro martillar de la tarea cotidiana saludan ahora con lágrimas en los ojos el paso de nuestras banderas imperiales. ¡Los mineros a las minas! Y Asturias, la mártir, a mecerse tranquila en los arrullos del yunque y del arado, a la sombra de la enseña patria"*. Un artículo que debe entenderse dentro del contexto bélico y del medio, que en su cabecera incluía "Una patria: España; un Caudillo: Franco" en el que se publicó. Nunca en su madurez Antonio Pereira escribió ningún

otro artículo en el que se posiciona tan claramente desde el punto de vista político, y éste, como ya se ha dicho, se debe analizar tanto desde su juventud como de la situación extremadamente complicada que atravesaba España en aquellos momentos.

Llama poderosamente la atención que, a pesar de la precocidad de las primeras publicaciones de Antonio Pereira en la prensa, a pesar de la evidente calidad de su prosa, de la madurez impropia de su edad, diferentes motivos familiares, académicos y empresariales le apartaron durante años de la que era su gran pasión, la escritura, por lo que después de aquellos primeros artículos, a modo de colaborador ocasional en algunos de los casos, a modo de peculiar corresponsal en Villafranca del Bierzo en otros, no publicó su primer libro hasta que tenía 40 años (*El regreso*, de poesía, editado en Adonais) una circunstancia que contribuyó, según él mismo reconocía, que fuera un poco un “desclasado” en el mundo de

las generaciones. “Y ya se sabe que el que no está dentro de una generación no sale en la foto. Pero muchos de aquellos compañeros que me adelantaron publicando libros hoy están retirados o parlotean y bostezan en el Café Gijón sin dar un palo al agua”, concluía el autor en la mencionada entrevista de *Diario de León*.

Sí colaboró el autor de Villafranca en los últimos números de la revista *España*, que era una revista pero no se puede considerar precisamente periodística, ya que estaba dedicada prácticamente en su totalidad a la poesía, aunque la presencia en esas páginas le permitió conocer la vida y la obra, y trabar intensas amistades en algunos de los casos, con varios escritores leoneses que, sin llegar a ser de su misma generación, sí compartieron algunas claves a la hora de entender la escritura y de desarrollar sus respectivas trayectorias literarias, claves entre las que destaca la herencia común de la literatura de tradición oral.

2. La presencia del periodismo en la obra literaria de Antonio Pereira

Por lo que se refiere a la presencia del periodismo en la obra de Antonio Pereira, se puede decir que existen varios cuentos centrados o relativos en buena medida al mundo periodístico (aunque no sea real). En el territorio de la ficción, Pereira viajó a los dos lados del periodismo, es decir, que en ocasiones hizo protagonista de sus relatos a algún periodista y que, en otros casos, una noticia leída en el periódico sirvió como punto de partida del relato, o bien como parte fundamental de su argumento. Fue algo bastante recurrente a lo largo de toda su obra, pues el olor a papel y a tinta en el que se puede decir que se crio condicionó su vida y también condicionó, por tanto, su imaginario, el territorio de la ficción en el que tanto le gustaba adentrarse.

En cuanto a esos primeros relatos con protagonistas relacionados con el mundo del periodismo, el primero de ellos es 'El primo Tanis' (*Una*

ventana a la carretera, Barcelona, Editorial Rocas, 1967, p. 117), en el que Estanislao, el Tanis, ordenanza de un banco madrileño, tras jubilarse puso en dicha capital una tienda, “La Bolsa del Papel”, en un tabuco. En ella se vendían, entre otras cosas, revistas piadosas y periódicos. También entre esta serie de relatos se encuentra ‘Un Quijote junto a la vía’ (*Historias veniales de amor*, Barcelona, Plaza y Janés, 1978, p. 115), en el que un quijotesco colaborador periodístico pierde la vida por salvar a una muchacha.

En cuanto al segundo tipo de relatos relacionados el periodismo dentro de la obra de Pereira, en los que hace algún tipo de hecho periodístico protagonista directo o indirecto de la trama, se incluye ‘El ingeniero Démencour’ (*Los brazos de la i griega*, Gijón, Ediciones Noega, 1982, p. 7), en el que, contemplando las hojas de una revista, el narrador recuerda una historia tangerina. También de ese mismo libro es el relato ‘Una novela brasileña’ (*Los brazos de la i griega*, edic. cit. p. 75),

en el que la novela no es otra cosa que la noticia periodística en portugués del asesinato del capitán del ejército Agenor Araújo de Medeiros.

Otro de sus relatos en el que una noticia leída en los periódicos da un giro completo a la trama argumental es ‘Las peras de Dios’ (*Los brazos de la i griega*, edic. cit., p. 107), magistral cuento que posteriormente se llevará al cine en la película *El Filandón*, de José María Sarmiento, primer gran homenaje a la literatura de tradición oral en la provincia de León, primera película de temática íntegramente leonesa. En ese relato, la abuela del relator, muy enfurecida, arroja al suelo el *ABC* porque en él se decía que el Ministerio iba a importar las peras y así su rica cosecha podía irse al traste. Resulta verdaderamente desternillante cómo el marido y abuelo, que termina intentando suicidarse ahogándose en un reguero, le pregunta a su mujer y firme gobernanta de la casa y de la finca, si ha leído el periódico, y como ella no tiene las gafas le pide a un nieto que lo haga en alto, y

conforme éste avanza en su tope tartamudeo de titulares sílaba tras las sílaba se va cambiando el rostro de la protagonista, que luego tendría que inventar mil y una recetas para dar salida a las ‘Peras de Dios’ porque ni siquiera las monjas del pueblo las querían si no era con los portes pagados. Como tantas otras veces, en la literatura y en la vida, en la ficción y en la realidad, todo iba bien hasta que a alguien se le ocurre abrir el periódico y leer las noticias, que se ofrecen como punto de inflexión, de la comedia a la tragedia en ésta y en otras muchas ocasiones.

También en ‘La esquila’ (*Picassos en el desván*, Mondadori, Madrid, 1991, p. 155) el contador de la historia lee en *ABC* la esquila mortuoria de la joven Condesa de la Plana y de Santarcángelo. En ese mismo volumen de cuentos, el que da título al libro, ‘Picassos en el desván’ (*Picassos en el desván*, edic. cit. p. 41) el narrador, situado en una ciudad muy lejana a su país, lee en un periódico de su

propia tierra la noticia de que en el trastero del difunto párroco de Priegue se hallaron tres picassos.

3. Características de los artículos que Antonio Pereira publicó en los periódicos

Por lo que se refiere a la obra de Antonio Pereira publicada en periódicos de toda España, lo más destacable es que en todos los casos, salvo en los mencionados artículos que envió como corresponsal de *Diario de León* en Villafranca del Bierzo, se trató de artículos de opinión, algunos de ellos por encargo sobre un determinado tema y en otros fruto de la colaboración habitual que mantuvo con algunos periódicos. La inmensa mayoría de sus artículos en la última parte de su vida, cuando ya era un escritor sobradamente consagrado, o al menos de los más destacables, se dedicaban de una forma u otra al mundo que mejor conocía, que era el de la literatura. Nunca cultivó el reportaje ni la noticia propiamente dicha, aunque sí es cierto que

en algunas ocasiones sus colaboraciones más parecían crónicas sociales de un determinado evento que propiamente artículos o columnas de opinión.

La más destacable colaboración que mantuvo Pereira con un medio de comunicación, de forma más resultar, fue, sin duda, con *La Vanguardia*, diario propiedad de la familia Godó desde su fundación el 1 de febrero de 1881, en el que Antonio Pereira llegó a publicar más de un centenar de artículos, fruto de una colaboración semanal por la que cobraba 1.000 pesetas al mes. Desde el principio, según recordaba él posteriormente en varias entrevistas, le aseguraron que intentarían subirle “100 duros” al mes, cosa que nunca llegó a ocurrir. La sección de Antonio Pereira en *La Vanguardia Española*, periódico que con esa cabecera a buen seguro que no llegaría hoy en día al millar de ejemplares diarios, tuvo dos títulos, primero ‘Oficio de mirar’ y posteriormente ‘Hojas de andar y ver’. Aunque siempre desde el género de la opinión, en esta sección del periódico barcelonés

se puede decir que se centra la obra puramente periodística del autor, ya que a partir de los noventa todas sus colaboraciones con los periódicos estaban centradas en el mundo de la literatura (en la promoción de la fiesta de la poesía de Villafranca, por ejemplo, de la que fue un gran impulsor no sólo desde el punto de vista organizativo sino también llevándola a los medios nacionales), o dedicando sus letras a otros escritores a los que se homenajeaba, publicaban un nuevo libro o fallecían, lo que le obligó a cultivar con lucidez el género del obituario.

La colaboración de Pereira en *La Vanguardia Española*, periódico en el que también fue habitual otro escritor de orígenes villafranquinos (aunque en su caso residente durante prácticamente toda su vida en Barcelona) como fue Ramón Carnicer, se extendió aproximadamente desde 1969 a 1974. Fueron años claves para el periódico barcelonés, una época de muchos cambios, ya que en 1969 en su cabecera rezaba *La Vanguardia Española* y el

ejemplar costaba 3 pesetas, mientras que en 1974 el ejemplar costaba 8 pesetas. El director en ese periodo fue Horacio Sáenz Guerrero. El anterior director, que lo fue hasta pocos meses antes de que empezara a colaborar el escritor villafranquino y lo dejó de ser porque se convirtió en embajador de España ante las Naciones Unidas, fue Manuel Aznar, abuelo del que luego sería presidente del gobierno José María Aznar. Tiempo después vendrían los cambios más destacables del periódico barcelonés, que ya durante la época en que colaboró Pereira era el referente informativo no sólo de Barcelona sino de toda Cataluña, como fue perder el apellido de “Española” de su cabecera, algo que ocurriría tras la muerte de Franco.

En *La Vanguardia*, buena parte de los artículos publicados por Pereira hacen un repaso por algunas de las costumbres de la época y por los cambios, a menudo incomprensibles para él, que traía la modernidad, aunque su colaboración terminó antes de la muerte de Franco y de la Transición.

Muy raramente la política era la temática elegida por Pereira para sus artículos en *La Vanguardia Española*. La excepción puede ser ‘De Gaulle en Jaén’, en el que afirmaba no entender las críticas recibidas por el presidente francés por haber elegido Jaén como uno de los destinos de su visita a España: “Yo no presumiría jamás de conocer un país si desconociera el aire de sus pequeñas ciudades, tan buenas además para el encuentro con uno mismo”. También aparecía la política, de forma muy velada, al fondo de la exquisita ironía que Pereira, además de a sus relatos y sus novelas, también llevó a sus artículos periodísticos, en uno de los primeros que publicó en el rotativo barcelonés, ‘Anochecer en la frontera’ (septiembre de 1969), en el que, en ocasiones a partir de algunos de sus recuerdos villafranquinos, relataba historias de espionaje y amor, “contrabandos riquísimos”, y llegaba a escribir frases tan hermosas como que “todo el que echa mano a un pasaporte se siente confusamente protagonista”.

El resto de los artículos, en su mayoría, se centran en el costumbrismo, en lo más cotidiano, como fue también una de las características de su obra literaria, en el relato de cómo era la llegada de los emigrantes de los pueblos de toda España que iban a Barcelona en busca de un futuro laboral que su tierra les negaba, como hizo en un artículo de título, visto desde hoy en día, ciertamente premonitorio: “Barcelona: un domingo con banderas”. Dentro de la serie ‘Hojas de andar y ver’, destaca el titulado ‘Del erotismo y otras brevedades’, en el que hace una referencia al oficio: “Hay colaboradores de periódicos que siempre están recibiendo cartas de sus lectores. Yo creo que algunos se lo inventan. Un poco más frecuente es que al escritor lo pare un convecino en la escalera, a veces para reprocharle —con gozo malévol— un desliz de tipo formal. Por ejemplo, que hablando de los mercados de Cassá de la Selva los sitúa en martes, cuando ‘como todo el mundo sabe’, son los viernes”. En ese mismo artículo, hace referencia al hoy llamado

feedback con el lector: “Ayer me encontré a una señora para quien lo mejor de mis fragmentos habituales es que son breves. ¿Era un elogio? ¿O una sutil reticencia de aviesa intención? Decidí tomarlo por el lado más favorable”. Hay también en sus artículos publicados en *La Vanguardia Española* numerosas referencias a la propia vida del autor, desde su experiencia como viajante en pensiones de toda España hasta su confesada hipocondría, que también aparece en muchos de sus relatos y novelas.

Pero entre las referencias al propio periodismo en los artículos de Antonio Pereira destaca la que hace en una tribuna publicada en *Diario de León* en marzo de 1983, titulada ‘Salir en los periódicos’. Pereira hace un repaso sobre su consumo de medios de comunicación, la inevitable presencia de la televisión, su debilidad por la radio, y reconoce que “aunque vea y oiga las noticias, el mundo no está inteligible y completo hasta que lo tengo en mis propias manos, las letras negras sobre el papel blanco”.

Desde este siglo XXI, desde la sociedad de la comunicación, la verdad es que se echan de menos reflexiones como ésta de don Antonio, reflexiones que van en la línea de lo que hasta hace pocos años, al menos durante la década de los noventa que fue cuando el que suscribe estuvo, se enseñaba en las facultades de Periodismo como pilar fundamental para entender la profesión: “la radio da la noticia, la televisión enseña la noticia y el periódico explica la noticia”. Hoy en día, la proliferación de medios digitales y la crisis (o quizá sea mejor decir transformación) que atraviesa el mundo del periodismo han convertido todo esto en mezcla explosiva, ya que no se sabe ni quién da la noticia ni quién la enseña, y por lo general lo más habitual es que nadie la explique. Las prisas por ser el primero en publicar una determinada noticia, la desaparición de las exclusivas porque a los pocos minutos de publicarla cualquier medio es plagiada sin piedad y sin respeto por todos los de su competencia, la tiranía del click (de la que participan

tanto los propios medios como los anunciantes y las instituciones), el nuevo ‘periodismo’ que ya no se va a las fuentes antes de publicar una noticia sino que la posibilidad de cambiar lo escrito cuantas veces sea necesario hace que primero se publique lo que se sabe y luego se vaya modificando conforme las fuentes son las que van al periodista para desmentir o matizar, hacen que se echen muchísimo de menos las certeras palabras de don Antonio “aunque vea y oiga las noticias, el mundo no está inteligible y completo hasta que lo tengo en mis propias manos, las letras negras sobre el papel blanco”.

Fue precisamente *Diario de León* otro periódico en el que Antonio Pereira colaboró de una forma regular, concretamente entre 1964 y 1965, con una sección también semanal que lleva por título *Atalaya*, con artículos en su gran mayoría centrados en la vida cultural de la provincia de León. Destaca el hecho de que más de uno de estos artículos estaba compuesto por pequeños párrafos

que, a modo casi de greguerías en algunos de los casos, reflejaban escenas vividas en cualquier rincón de la provincia, reflejos de una sociedad que él conseguía posteriormente ordenar por temática, época o por sus protagonistas gracias a la manía de llevar un diario en el que apuntaba algunos de sus acontecimientos del día.

También tuvo sección propia en el diario *Proa*, titulada ‘Hojas de Papalaguinda’. La inmensa mayoría de ellos no se dedican en exclusividad a un tema concreto, sino que a lo largo de la página el autor va sucediendo diversas reflexiones sobre temas que nada tienen que ver entre sí, una estructura que repitió en gran cantidad de ocasiones en éste y en otros rotativos, como fue el caso de *La Hora Leonesa*, donde escribió de forma regular en una sección titulada ‘Cuadernos abiertos’ a primeros de los ochenta. Uno de estos artículos lleva por título ‘La noche, Alfredo, el periódico’ y hace también referencia al mundo del periodismo: “mi reposo del guerrero, más bien casto, puede

consistir en la casa donde se hace *La Hora*. Hay gente trabajando. Discreta y anónima gente, porque un diario no sale nunca con los nombres de los linotipistas, cajistas, confeccionadores, redactores, correctores que realizan “el programa”, que en esto no se parecen nada a los compañeros de la radio, y no digamos a los de la televisión”.

La Vanguardia, *Proa*, *La Hora Leonesa* y *Diario de León* fueron, por tanto, los periódicos con los que Antonio Pereira mantuvo una colaboración regular, ya que publicó artículos en casi medio centenar de medios de comunicación, muchos de ellos regionales o provinciales y otros muchos dedicados al mundo de la literatura, pero siempre de forma puntual y, en la mayoría de los casos, por encargo.

Mención aparte merece el género del obituario en la faceta periodística de Antonio Pereira, ya que, a buen seguro que a su pesar, le tocó hacer referencias a muchos colegas fallecidos. Son numerosos los artículos que escribió en varios

periódicos para dar su visión sobre lo que fueron la vida y obra de determinados escritores con motivo de su muerte, hasta el punto de que entre los colegas de profesión se recuerda que Antonio Pereira, cuando se enteraba de la noticia de algún escritor más o menos cercano y era consciente de que le iban a llamar para pedirle unas palabras, no quería errar ni caer en olvidos de los que luego se arrepentiría, motivo por el que ya tenía redactadas unas líneas que dictaba por teléfono y que al día siguiente se convertían en hermosos obituarios en las páginas de diversos periódicos.

Conclusiones

1. En su conferencia titulada ‘Sobre periodismo y literatura’, organizada por la Fundación Antonio Pereira en abril de 2016, el periodista de *El Mundo* Antonio Lucas reconocía que el autor villafranquino “pertenece a esa generación de los años 50 que también tuvo en los periódicos su

punto de encuentro y su línea de salida”. Precisamente por ello, el periodismo no fue un aspecto especialmente destacable de la obra de Antonio Pereira, sobre todo si se compara con el relato o la poesía, pero sí jugó un papel fundamental en sus primeros pasos como escritor y en su vocación por el mundo literario. Conforme fue consolidándose su carrera como escritor, su trayectoria fue poco a poco centrándose más en la literatura y menos en el periodismo, aunque, como lector empedernido de periódicos que era, incluso de algunos editados en idiomas que no entendía en sus viajes por el mundo, como confesó en varias de sus entrevistas, nunca dejó de atender con avidez a lo que sucedía en la actualidad del momento, aunque, como fue uno de los rasgos característicos de su estilo, no se solía preocupar de los grandes temas, de aquellos de los que opinaba todo el mundo, sino que buscaba los márgenes de la actualidad, las aristas de las noticias, para dar rienda suelta a su desbordante imaginación.

2. El hecho de haberse criado entre imprentas, primero en Villafranca del Bierzo y posteriormente en Lugo, derivó en una debilidad por las rotativas, las imprentas, redacciones y por el mundo del periodismo en general.

3. Algunos de los primeros reconocimientos que obtuvo, y que dieron un impulso a su carrera, los consiguió gracias a los premios que convocaban diferentes medios de comunicación o bien que posteriormente publicaban los trabajos galardonados en premios convocados por instituciones.

4. En cuanto al aspecto temático, los artículos de Pereira en prensa son artículos de autor, en los que no importa tanto los hechos que se relatan sino la visión particular de una determinada realidad que puede ofrecer la perspectiva de un poeta o novelista, convertido en ocasional cronista social de la vida literaria en las capitales culturales o la vida provinciana en ciudades como León. Como

ya he dicho, no suele entrar en temas políticos más allá de que sirvan como telón de fondo en medio de una gran cantidad de anécdotas cargadas de la ironía que caracterizó buena parte de su obra literaria. Una de las claves de la faceta periodística de Antonio Pereira es que apostó, como en muchas de sus novelas y cuentos, por relatar lo cotidiano, y eso no era algo demasiado habitual, por ejemplo, a primeros de los setenta, cuando llevó a cabo su colaboración más destacada en *La Vanguardia*, en prácticamente ninguno de los periódicos tanto nacionales como regionales como provinciales. Lo cotidiano, hacer protagonista de las noticias o reportajes a aquellos que nunca creyeron que iban a tener un lugar en los periódicos, llegaría con la Transición y la transformación del periodismo español, y a partir de ese momento Pereira ya sólo colaboró de forma regular con periódicos provinciales en los que mantenía la misma línea que antes, pero ya en un tiempo en que empezaba a ser habitual que las noticias no estuvieran

exclusivamente protagonizadas por autoridades, escritores o deportistas.

5. En cuanto al aspecto formal, los artículos que componen la obra periodística de Antonio Pereira no se pueden considerar estrictamente opinión ni estrictamente reportajes, más allá de la visión de un autor sobre la sociedad y sus cambios y, especialmente, sobre el mundo de la literatura. Sobre su prosa en el periodismo, se puede decir que no difiere excesivamente de la prosa que emplea sobre todo en sus relatos, extraordinariamente cuidada, refinada y culta. Llama la atención el hecho de que en más de una ocasión no dedicara el artículo completo a un solo tema, a una sola reflexión, a pesar de la brevedad de muchos de ellos, sino que se decantaba por una estructura de párrafos separados por ladillos para tratar temas que nada tenían que ver entre sí. Se trata de una forma de entender la escritura que asemeja su faceta periodística con su faceta literaria, pues nunca le gustaron, o al menos no los practicó con tanta

frecuencia, los textos de largo recorrido, hilados desde el principio hasta el final y con un denso argumento entre la introducción y el desenlace, sino que en la literatura y el periodismo prefirió el relato corto, el fogonazo, el crear un ambiente, condensar una idea, perfilar un personaje o retorcer una trama con unas pocas frases, con la economía de lenguaje que él conseguía llevar a cabo sin perder un solo ápice de la calidad y la brillantez de su prosa.

6. Llama poderosamente la atención que Pereira, por su carácter, por su forma de entender la vida en general y la literatura en particular, nunca protagonizó enfrentamientos con otros autores, no se le recuerdan polémicas ni grandes ni pequeñas con otros escritores. Quizá por ello, y a pesar de que tuvo que recurrir a los periódicos para dar sus primeros pasos, para publicar sus primeros textos y, posteriormente, para dar a conocer sus libros, Pereira fue un autor muy bien tratado por la prensa. Eso es algo que pretenden conseguir los

escritores de hoy en día con las más rocambolescas campañas de *márketing*, contratando en algunos de los casos *community managers* que gestionen sus cuentas en las redes sociales, llegando a ofrecer a los medios de comunicación incluso, en algunos de los casos, la posibilidad de publicar patéticas autoentrevistas. Sin embargo, y sin excepción, todos los periodistas que he conocido que le entrevistaron o que en algún momento dado de sus carreras tuvieron que trabajar con él, han tenido palabras de cariño hacia el autor villafranquino, siempre educado, siempre paciente, siempre comprensivo con el trabajo de los demás, intentando facilitarlo en la medida que le era posible y, sobre todo, y aquí la clave, creo, de que fuera tan bien tratado por la prensa leonesa en particular y española en general, siempre dando titulares que garantizaban la lectura del artículo o divertidas entrevistas como el extraordinario conversador que siempre fue.

Del mismo modo que antes he dicho que se echan de menos reflexiones como la que Pereira hizo sobre que no encontraba el mundo en su sitio hasta que no lo veía negro sobre blanco, lo cierto es que a día de hoy se echan también de menos otras opiniones como las que vertía en sus columnas Antonio Pereira. La opinión se ha convertido en un elemento diferenciador entre los muchos medios de comunicación que siguen existiendo a pesar de la sanguinaria criba de los últimos años, ya que por lo que se refiere a las noticias se publican prácticamente las mismas en todos ellos, bien es cierto que tratadas de forma distinta en función de los gustos de cada lector (sabido es que desde hace años la gente no compra los periódicos para informarse sino para que le den la razón en su forma de pensar, para reafirmarse en sus razonamientos y opiniones... en el caso de los que los tengan propios), pero sin más ni menos información real unas que otras. Por eso la opinión, la mirada personal a la realidad, acertada o no,

es casi el único elemento que puede diferenciar unos periódicos de otros, unos digitales de otros, puesto que el recorte de plantillas ha diezmado la posibilidad de tratar temas en profundidad y ha dejado prácticamente en el olvido el tan necesario periodismo de investigación. Ese género de opinión fue el que cultivó Pereira dentro del mundo del periodismo, sin trincheras, sin sectarismos, consciente como gran escritor que era, cuya obra sigue perfectamente vigente, de que el buen lector, el lector cómplice, lo que pide es precisamente eso, una mirada personal del mundo, un estilo propio, y que luego ya decidirá si comparte o no la misma forma de entender la actualidad que nos arrastra.

ANEXO

TEXTOS PERIODÍSTICOS DE ANTONIO PEREIRA
(selección)

1.

BARCELONA, “UN DOMINGO
CON BANDERAS”

“... Y cuentan que hacia allí está Barcelona / como un domingo lleno de banderas”. Cito a un poeta español interno en cuya propia región gente que no sabe de literaturas ha pensado, soñado una ciudad así, remota, encendida, engalanada. Y sólo al conjuro de un nombre. Creo que ahora mismo, si me demorase en la palabra, podría yo sentirlo también. Bar-ce-lo-na.

Es verdad que de las emigraciones libremente escogidas, personales, algunas se contentaban con la capital de la propia provincia. Había quien elegía los lugares fabriles sin necesidad de abandonar

el Noroeste, como no faltaba clientela para Bilbao. Pero sobre todo, incluso por encima de Madrid que suena lo suyo y nos pillaba más cerca: ¡Barcelona! Se salía de noche y desde luego en tren. Y, casi siempre, se salía joven. Esto explica que no se hiciera penosa sino esperanzada y alegre la travesía de España de lado a lado, ni duros los listones del machadiano vagón de tercera. Llegábase, al fin, a la estación Vilanova. Hombres y mujeres eran tragados en un abrir y cerrar de fauces por la gran ciudad, la que pronto iría clasificando, asimilando la fresca aportación humana bajo leyes misteriosas tanto como inexorables, quiénes a las fábricas o a las clínicas, quiénes a los transportes o al servicio doméstico, siempre alguna vocación artesana hacia academias de corte y confección que dispensan diploma: preciada cartulina con orla y alegorías a varias tintas, destinada a un marco honorable para el regreso. Barcelona recibía, y también se entregaba ella misma. Pongámoslo en presente. Barcelona sigue recibiendo. Sigue entregándose.

Pero había, también, otra forma de conocimiento, la de quienes no tan apremiados, o más medrosos, permanecemos con los pies sobre la tierra propia y la imaginación encendida en la aventura del libro. Mi mocedad ávida de lecturas coincidió con la etopeya femenina que se llamó —se seguirá llamando— Mariona Rebull. Pero no sólo la mujer: Ella... y su circunstancia. Barcelona ya no sería únicamente una referencia y un grabado en la Geografía de Paluzié, sino un retablo vivo de personas y de cosas, pasiones, ambientes, calores, incluso olor y sabor. Que también hubiera sordideces, no rebajaba demasiado la fiesta. En las naturalezas imaginativas —parafraseando Stendhal en aquello del énfasis—, la imaginación es lo natural.

Ahora ha muerto Ignacio Agustí. Y cuando ya le han hecho necrologías sus Barcelona, “un domingo con banderas” compañeros más cercanos en el espacio y en el tiempo, cúmplase aquí la deuda de quien lo conoció sólo por sus obras, como

en el Evangelio. De quien anduvo de su mano los primeros pasos barceloneses.

La tutela

Don Ricardo de la Cierva, importante autoridad en los organismos de la Cultura, llena la página tercera de “ABC” con un claro y honesto escrito, principalmente sobre el tema de las publicaciones de libros, “El fin de la tutela”, y viene a decirnos que la apertura de ahora viene a ser eso, el ocaso que el título enuncia. Luego es verdad que estábamos bajo tutela. Recordemos —me arropo en el Diccionario Oficial— que trátase de la “autoridad que, en defecto de la paterna o materna, se confiere para curar de la persona y los bienes de aquel que por menoría de edad, o por otra causa, no tiene completa capacidad civil”. Y aunque el articulista empleara en cierto modo el sentido figurado, nadie dirá que la metáfora sea descabellada.

Cabe decidir que lo pasado, pasado está. Que lo importante es la esperanza en lo que —al parecer— está comenzando. De acuerdo. Pero esto no me prohíbe preguntar (y ya no me cubro con la Real Academia sino con el Fuero de los Españoles, “todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado”), preguntar, digo, con tanto método como respeto:

A) Si fue necesaria esa tutela; y B) Si fue necesaria durante todo ese tiempo.

Lo que dudo es si estas hojas son ocasión adecuada. Hay temas tan añejos que ya se están saliendo del campo de los comentaristas para entrar en el de los historiadores.

La colaboración de J. S. Bach

El arte cinematográfico nos enseña dos caras con otras tantas peculiaridades suyas. Por la más incómoda resulta que un buen creador no lo puede

todo por sí mismo, pues su talento está a expensas de que vengan a secundarlo los intérpretes, ilustradores musicales, escenógrafos, técnicos de las cámaras, incluso los financiadores según sean más o menos generosos en el empeño; todo lo contrario de lo que acontece, por ejemplo, al escritor, que con un lápiz y un cuaderno —y eso otro... de adentro, ¡naturalmente! tiene cuanto hace falta para desnucarse en la aventura o para alcanzar la inmortalidad. La otra cara del cine, compensación de la primera, trae la venturosa condición de que argumentos fatales se salvan por unos paisajes bien elegidos, como una dirección incapaz resulta disimulada por un intérprete genial. Etcétera.

A esto probablemente deberá atribuirse el hecho de que las películas se muestren tan generosas a la hora de enunciar los artífices (aunque ello sea, como es de rigor, con la debida jerarquía en el tamaño de las letras): lo que se llama en el lenguaje profesional letreros de crédito; o Simplemente, créditos.

Me ha cuadrado pararme ante los grandes anuncios de una producción titulada con garra sensacionalista, donde una joven mujer aparece tendida y ensangrentada por culpa de prácticas criminales contra su maternidad incipiente. Puesto a ello, me detengo en el nombre del director, de los actores y actrices, de los otros copartícipes que han llevado su arte particular a esta suma de artes que en cierta manera es el cine. Son, probablemente, nombres de garantía. La música —siempre conviene ver quién la ha puesto, es un elemento importante—, la música del filme es de Juan Sebastián Bach. He aquí —concluyo— un colaborador bien elegido.

No se me ocurre objeción alguna. Sólo me quedo pensando en un novelista que al texto propio le pusiera delante el Discurso de las armas y las letras o un capítulo de las Ideas Estéticas, haciendo imprimir la obra con “Prólogo de Cervantes” o “Introducción de don Marcelino Menéndez Pelayo”. Respectivamente.

(*La Vanguardia*, “Hojas de andar y ver”, marzo 1974)

2

DEL EROTISMO Y OTRAS
BREVEDADES

NADA, a mí no me extraña nada que vaya a exportarse a Suecia, debidamente traducida, una enciclopedia sexual celtíbera. No la conozco; pero creo que cuanto más celtíbera, mejor. Demasiadas veces hemos pensado, y aún publicado, que el tema en cuestión es una pescadilla (escuálida) que se muerde la cola. Como en música se acaba volviendo a Beethoven y en el drama a Shakespeare, la aparente profusión de posibilidades amorosas conduce sin remedio a la del principio. Y España, además, es tradicional.

Basta ver, sobre todo en ciertas ciudades europeas, la impotencia a que han llegado con su libertad. Que, por supuesto, me abstengo de llamar libertinaje, porque uno no tiene vocación de moralista, todo lo más de observador. Como ya no caben otros excesos, está aproximándose la hora del retorno a las maniobras más platónicas en el eterno juego de un hombre y una mujer. Volverá el demorado encanto de que sea él quien le aceche a ella; y le tome una mano; y que la mano atenúe todavía su entrega dentro del guante... Hasta en Hamburgo lo vamos a ver.

Entonces será el momento de exportar, además de la enciclopedia, los tesoros de una narrativa olvidada. Los kioscos de Copenhague, de Múnich, de Ámsterdam, ya lo han enseñado todo. En el regreso inexorable del péndulo, cuando alguien quiera llegar muy lejos con su imaginación, lo que se dice arrimarse al fuego, vendrá a la lectura de nuestros Felipe Trigo, y López de Haro, y El Caballero Audaz. Son los perversos de nuestra

adolescencia —a don Felipe le llamaban “el cinturón eléctrico”—, que luego, superados y arrollados por la escalada del erotismo, se quedaron en inocentes corderos aptos para colegialas.

Yo profetizo con humildad, pero con firmeza, que cuando los amantes vuelvan a tratarse de usted y a escribirse misivas, nuestros eróticos de hace medio siglo recobrarán un lugar estimable y en inglés, que es el latín universal del sexo: con aquel inefable repertorio de brazos mórbidos, senos turgentes y esas delicadezas así.

En lucus augusti

La crónica de sucesos periodística puede aportar, en lo que afecta a la moral y buenas costumbres, sugerencias turbadoras para el lector. Dice un despacho que la policía ha descubierto un alijo de fotografías procaces, o la requisa de 250 películas pornográficas, y algo del verdor de lo aprehendido parece teñir las columnas inocentes,

aunque sólo sea un segundo, una milésima de segundo. Ayer mismo estas páginas informaban de un drama pasional, consumado en “el hotel galante más famoso de todo el país”. Se afirma que cuenta con singular ornamentación erótica, y el despacho de la agencia Efe menciona incluso sus departamentos persa, árabe, “la jaula”, “el sevillano” y “el pompadour”. No es descabellado suponer que algunos lectores se habrán estrujado la imaginación.

A propósito de la imaginación, importa mucho el lugar de los hechos, el nombre de los lugares. Un gran narrador hispanoamericano cuenta su emoción infantil al contemplar la inmensa llanura redonda y aquella cocina animada de la casa en que mateaban los hombres. Pero lo grande, verdaderamente, fue cuando le dijeron que aquello era la Pampa. Navegar por el Bósforo es un aburrimiento, hasta que alguien nos dice que vamos por el Bósforo.

El Hotel Valvidia con sus insospechables habitaciones y suites está erigido en la ciudad de Santiago de Chile, lo que anima mucho a nuestra fantasía. Recuerdo, en cambio, que semanas antes trajeron los periódicos la aventura de una joven secuestrada a media mañana en plena calle, todo un episodio novelesco con su contexto de trata de blancas, red de chicas de alterne y cuento hace falta para interesar. Pues nada. Nada —estoy seguro—, porque el rapto ocurrió en Lugo, y los vehículos de la banda salieron huyendo... hacia Santiago de Compostela. Así no puede ser.

De la propia brevedad

Hay colaboradores de periódicos que siempre están recibiendo cartas de sus lectores. Yo creo que algunos se lo inventan. Un poco más frecuente es que al escritor lo pare un convecino en la escalera, a veces para reprocharle —con gozo malévolo— un desliz de tipo formal. Por ejemplo, que

hablando de los mercados de Cassá de la Selva los sitúa en martes, cuando “como todo el mundo sabe”, son los viernes.

Ayer me encontré a una señora para quien lo mejor de mis fragmentos habituales es que son breves. ¿Era un elogio? ¿O una sutil reticencia de aviesa intención? Decidí tomarlo por el lado más favorable. El filósofo Alain, que escribió miles de artículos magistrales —por cierto, casi siempre idénticos en extensión, la brevedad de un folio—, recuerda en uno de ellos que todo acontecimiento tiene dos asas, y que es necio escoger para llevarlo el asa que nos lastima la mano.

Las citas son peligrosas, porque llaman a las citas. Rainero (ejemplo de opinión aristócrata) le confía a Vilallonga en ese libro de entrevistas excelente, pero medianamente traducido, que se llama “Gold Gotha”, su secreta ambición de ser escritor: “Pero encuentro que todo lo que se escribe es demasiado largo”. Y Borges (ejemplo de

opinión literaria) califica de desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros: el de exhibir en quinientas páginas —recojo textualmente— una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Y va y lo demuestra. Coge a “EmmeZun”, un argumento que a cualquier novelista le pondría los dientes largos para los 200 folios del concurso de turno... y él, Borges, lo “derrocha” en ocho o diez páginas.

Escribir, decía Goethe, es un abuso de la palabra. —Aquí llega, ¡por fin!, el momento de opinar el propio firmante. Opino—: Pues qué pensar de tantos escritores como abusan de ese abuso.

(*La Vanguardia*, “Hojas de andar y ver”, agosto 1974)

LA SEDA Y EL HIERRO

Me han pedido un artículo sobre el país de Ancares y yo me pongo a escribir en el Puerto de Santa María, noviembre, sol suave, vino rubio y mariscos estimulantes de los que apenas sé el nombre. Podría salirme un buen artículo, aquí, donde a uno lo favorece la distancia. Junto al mar de Cádiz, evocar unas pallozas rodeadas por la nieve parece exótico, como decir que uno tiene novia en Antofagasta, como un ferroviario de Monforte de Lemos imaginado por un chino.

Pero, literaturas aparte, la tierra de Ancares —los montes de mi noroeste— están muy dentro de mi alma, y no siempre para que me sienta

conforme conmigo mismo. Ahora se habla mucho de su interés botánico y zoológico, de una cultura irremplazable, de señas de identidad y raíces y esas cosas así. Pero nadie puede ocultar que se trata de una región deprimida. Yo supe pronto y bien lo pobres que eran sus gentes —lo pobres que éramos— a través de los objetos de una tienda de ferretería. Bajaban los hombres y mujeres de sus cumbres y valles altos a la villa que tenía luz eléctrica, boticas, abogados, compraban potes de Carril para el caldo que les duraría días, alambre para herrar los cerdos, pisos de madera para solar unas viejas empeñas y fabricarse unos zuecos, el calzado menos mimador del mundo. Al caer de la tarde marchaban por cuevas inciertas, y aquel adolescente que a escondidas leía versos y novelas detrás del mostrador se quedaba pensándolos, queriéndolos, a aquellos paisanos. Hasta que él mismo dio en inventar historias y versos. Es verdad que apenas hay obra mía en que no esté presente el paisaje y el paisanaje de mis orígenes: el

hierro, los caminos difíciles, la sed del vino que se en tierras más bajas, el asombro de ver un avión en el cielo cuando la tierra está siendo abierta con el mismo arado que inventaron los romanos... Pero también, y siempre, la conciencia dudosa por la fuga hacia otros mundos y otros climas –la seda–; por una utilización estética de lo que están pidiendo gestos éticos y urgentes.

En Villafranca del Bierzo –la villa aquella de la luz eléctrica y las boticas y la ferretería– los señores pasean en la plaza, o se sienten en sus butacas delante del casino. Ahora es frecuente que crucen por allí los turistas, los arqueólogos y los etnólogos y los dialectólogos, cargados de máquinas de retratar, de aparatos de grabar las canciones o el habla de los ancareses. Da gusto saber que se tiene a un paso un enclave tan singular, mirarlo realzado en el papel couché de las revistas. También daba gusto pensarlo en Madrid, el año pasado, cuando comíamos en un comedor solemne del Ministerio de Cultura. La loza de la

vajilla blasonada, el cristal finísimo de las copas. Te presentaban la fuente por la izquierda, o sea a la francesa, y tú mismo te servías mientras el servidor esperaba ni muy inclinado ni muy tieso. Luego hubo un acto público y hablamos mucho de los Ancares. Yo recordé unos versos propios: San Fructuoso que hace más de mil años andaba por esos parajes <<predicando justicias que poco se cumplieron / abriendo los caminos que aún están por hacer>>.

(Revista *Las Artes*, diciembre 1988)

PEDRO HALFFTER CARO
ESTRENANDO ZAPATOS

Esta noche Pedro Halffter Caro estará dirigiendo la Sinfónica de Madrid en Salamanca. Lo mismo podría estar al frente de la Orquesta Nacional Belga, o en Madrid, San Sebastián o Baviera, lugares de encuentro musical entre tantos otros que ya conocen el prestigio de su joven batuta. Este mozo es hijo de su padre y de su madre, bisnieto de poeta romántico, y si nos remontamos genes arriba, en seguida se encuentran otros artistas y mecenas. Pero él trabaja para ser él mismo, y bien se ve que el trabajo luce.

Ahora, cuando nuestro convecino no es promesa sino realidad, da gusto recordar una mañana

leonesa, en el Teatro Emperador. Fue exactamente el 22 de diciembre de 1991. La Orquesta de Cámara ‘Odón Alonso’ estaba lista en el escenario, encabezada por el concertino. Ya habían afinado sus instrumentos en el previo desconcierto de las individualidades, poco a poco había llegado el silencio a la gran sala, alguna tos rezagada apresuraba su alivio. Esperábamos al director. Es un momento breve pero inmenso, que siempre, siempre nos turba. Estaban tres elementos esenciales de la fiesta de la música: la obra del compositor, los instrumentistas que van a ejecutarla y el auditorio receptor, sin el cual no hay obra poética ni pictórica ni del arte que sea. Pero faltaba el realismo mágico de la batuta.

Esperábamos a Pedro Halffter Caro. Apareció Pedro y sonaron en la sala los aplausos corteses del anticipado voto de confianza. Lo vimos avanzar muy reposado, quizá era sólo la apariencia, lento, quizá demasiado lento... Era su primer concierto en el podio, y el muchacho de veinte años al

que habíamos visto crecer se adentraba ahora en su destino manifiesto. En la mañana de diciembre Pedro Halffter Caro estrenaba batuta, frac, y probablemente estrenaba zapatos. Iba cuidadoso, y sospecho yo que bien advertido:

“No te aceleres, cuidado con los cables de la televisión que andan por el suelo”. En el teatro estaban Cristóbal Halffter y María Manuela Caro.

El director llevó a la Orquesta de Cámara de León por el “Concierto de Navidad”, de Corelli y por la Música nocturna de Madrid’, de Bocherini. Bien, dijeron los entendidos. Después, en la segunda parte –¡Muy bien!– se le vio calentarse y afianzarse aún más, con la ‘Sinfonía número 1’ de Beethoven. Todos supimos –por lo menos, quien esto escribe– que estábamos siendo testigos de un acontecimiento histórico.

Los de Villafranca nos fuimos a celebrarlo con una comida, Rogelio tiene el instinto de las ocasiones importantes y preparó las mejores mesas

junto al fuego, Es lástima que por Villabispo no anden los del Hola. Pero yo quiero dejar el pormenor de los comensales —para eso soy el cronista— y lo haré al estilo del ABC cuando su director acude a una fiesta, o sea, la precaución contra las omisiones indeseadas diciendo que asistieron ‘entre otras’ las siguientes personas, y el orden alfabético salvo el director del periódico, que se pone el último:

Jesús Álvarez Beltrán y señora; Adolfo Álvarez Barthe, pintor; María Luisa Álvarez de Toledo; Mariflor Álvarez de Toledo de Arroyo; Francisco y Marcos Arroyo; Eduardo García-Duarte y señora; Úrsula Rodríguez Hesles de Pereira; Carmen Rodríguez Piñeiro de Pérez Ledo; José Luis Yebra; yo.

(La Crónica de León, marzo 1996)

PERIÓDICOS PARA LA DISTANCIA

No sé por qué ha pensado siempre en ese ente, en ese organismo invisible que componen los suscritores fijos de un periódico. A veces creo que ellos, más que nada o que nadie, “son el periódico”. Pero aún más, mi interés se encamina con curiosidad invencible hacia los abonados lejanos, que leerán las hojas con retraso y les dará igual, porque no la actualidad, sino otros servicios buscan ellos, son frecuencia señal para el recuerdo, el consuelo para la ausencia.

No hay publicación donde falte la continuada anécdota de sus fajas dirigidas hacia la más insospechada geografía postal. Incluso en el periódico

pueblerino y modesto. Recuerdo uno, cercano a mis afectos tanto como a mis nostalgias, son la mezcla de la tinta y el papel más ese ingrediente secreto que no he logrado descifrar jamás: olor a imprenta. Además de la cabecera (en cobre) y de un fotograbado de Franco y otro del Papa, además de las grecas para cerrarse en orlas de homenaje, de manos de índice rígido señalando hacia los anuncios económicos, evoco direcciones para lugares que nos parecían increíbles, algo como husmear en un atlas, como leer una novela cosmopolita y exótica. A don Alberto García, Entrega General, Panamá (Panamá). A un fraile capuchino en Córdoba (República Argentina). ¡A un preso! En la cárcel de Braganza, de Portugal...

A quienes pecamos de imaginación fervorosa, tales datos nos sugieren densas y no improbables peripecias humanas: Estos se apegan así a la tierra de su nacimiento; aquellos no se conforman con su traslado acaso burocrático y mantienen tal cordón umbilical con el lugar que les llenó una

vida; otros; qué sé yo. Me da igual al “ABC”, que la “Vanguardia”, que “Las Riberas del Eo”. “Las Riberas del Eo” es lo que leía por Monforte el último gachupín que yo haya encontrado en el tren. Los emigrantes modernos tiran a Europa y van y vienen en su propio Volkswagen, pero el alma humana no cambia tan deprisa, y también ellos siguen con su querencia a los papeles entrañables.

Si yo fuera director de periódico, además de volver a un derroche de notas sociales y viajeras donde saliera todo quisque que va “a los baños”, o a operarse, o a que le impongan una medalla, emprendería una sección sobre la que aquí mismo regalo la idea: mandar unos cordiales cuestionarios a los fieles de la diáspora, que son los más entusiastas. Y con las respuestas sobre las motivaciones sentimentales de su fidelidad, más eventuales fotografías, irlos trayendo a una columna de honor.

Lo merece ese suscriptor así de generoso es el diccionario —que me estará leyendo en Villanueva

del Arzobispo, en cualquier pueblín de Holanda, vaya uno a saber en dónde.

“Las personalidades asistentes...”

(De cualquier información)

Don Pío –Baroja, naturalmente– decía que a él le daba mucha risa oír a un intelectual: “Yo soy un intelectual”. Poetas situados fuera de toda duda en puestos cimeros del escalafón, por no decir Parnaso, inventan rodeos modestos par no autodefinirse. Y es rarísimo escuchar a un verdadero artista: “¡Yo soy un artista!” Me acuden estas reflexiones, miren por dónde, entre el aviso que periódicamente suele leerse en los diarios capitalinos anunciando es simpática fiesta del “Cocidito madrileño” Son ágapes que organiza una Asociación, en homenaje a sucesivos protagonistas. Cabría rozar la sospecha de un tingladillo de bombos mutuos, pero más justo me parece inclinarse con agrado hacia una fraternidad de afectos

recíprocos, lo que a nadie hace daño y en resumen favorece la convivencia. Que nunca sobra.

Pues bien, invariablemente se advierte en estas convocatorias que “podrían hacer uso de la palabra personalidades que lo deseen”

Las personalidades. No las personas. Sin entrar en preocupaciones de diccionario, bastándonos como nos basta la palmaria distinción en el uso corriente, creo que debe ser algo petulante llegar a los postres de un cocido, seguramente regado con Noblejas o Valdepeñas, y admitir en el mero acto de levantarse: “Yo soy una personalidad”

Los de Filipinas

No es por el contumaz guerrero japonés que se rindió, al fin, en una isla para nosotros remota. Vengamos más cerca. De vez en cuando, un espacio de doce o quince renglones es ocupado en los periódicos españoles por el fallecimiento de “un último de Filipinas”. Suele teniente honorario,

próximo a los cien años de edad, que “hacía vida normal, mantenía perfectas sus facultades mentales”, etcétera. No hace mucho, por ejemplo, don Nicolás Mercader Saura, el único en toda la provincia de Murcia. Noticia triste, como lo es siempre la muerte; pero diluida en una niebla legendaria. En realidad, ya las hazañas de Cavite o frente al cubano Maceo nos sonaban, a cuantos llegamos al uso de la razón en tiempos de la República, tan lejana como las de don Pelayo triscando por Covadonga. Habían pasado cerca de cuarenta años.

Intriga pensar en un hecho que acaso puedan contemplar nuestros ojos, con auxilio de vitaminas y testovirones. Bien entrado el siglo XXI, pongamos por ejemplo el año 2020, “El Pensamiento Astorgano” (número 24.237, año CXVII, puestos a imaginas), publicará la noticia de que en Castrillo de los Polvazares ha entregado su alma a Dios el más tenaz superviviente de lo del Ebro. Y la cuestión —no tan baladí— está en sui aquello

sonará a libro de los chicos en las escuelas o sí aún quedarán empecinados que lo tengan por tema caliente y pugnaz.

(*La Vanguardia*, “Hojas de andar y ver”, mayo 1974)

POSTAL DESDE EL CAMINO

CREO que tras estas fiestas de Navidad se va a presentar en León un libro recién salido de la autoridad profesoral de Santos Alonso, un libro gordo, para estudiarlo y disfrutarlo, que se llama “Literatura leonesa actual, Estudio y antología”.

Y este cura no va a perderse el bautizo, a pesar del Año Nuevo. Bien sabe uno que cambiarle el taco al almanaque no es pasar verdaderamente de un tiempo a otro tiempo, igual que cruzar “la idea” de una frontera es seguir pisando sobre el mismo y único mundo. Pero gusta aplicarse a la esperanza, dejar que un guarismo nuevo aliente ese permanente proyecto de vida nueva que todos llevamos dentro del alma.

Estaría bien, sí señor, esto de cambiarlo todo en cada 1 de enero. Por ejemplo, mudar de oficio, apearse del censo de escritores (que aún quedarían bastantes) y pasar al más necesario de los consumidores de literatura. De no hacerlo así, abandonar la costumbre de firmar con un nombre y apellido que (aburren incluso a su propietario y reemprender el camino con un seudónimo tardío. Y en último término, si uno sigue llamándose como se llama y contribuyendo a los almacenes de letra impresa, marcharse con la música a otra parte para no fatigar en bastante tiempo a los convecinos. A la provincia de Burgos, sin ir más lejos, donde en algún pueblo han nacido más tenientes generales que novelistas. O por buscar un clima más suave, a Almería, como el José Ángel Valente, que se va a Almería “porque en Málaga hay demasiados poetas”. En la Sicilia de Pirandello (donde acaso me den las 12 campanadas), y de Quasimodo y de Lampedusa y de Leonardo Sciascia, habrá ahora mismo una decena de

escritores notables, un escritor por cada 2.500 kilómetros cuadrados, y bien podría encontrar sitio un esforzado aprendiz...

Pero sonarán los relojes, caerá una cifra para que se levante otra, y yo volveré a arrimarme a lo mío: una ciudad donde hay que escribir libros gordos sobre sus escritores.

Diecisiete escritores. Y faltan algunos, empezando por el propio Santos Alonso, poeta de altos vuelos que, en este caso, ha oficiado de profesor y antologizador...

(La Crónica, enero 1987)

PROFESIÓN, ESCRITOR

LLEVABA uno escribiendo treinta o cuarenta años; y uno, en su decoro, apenas se atrevía a declararse escritor en la relación con los demás. Y mucho menos sobre las tarjetas de visita, en la guía de teléfonos, a la hora de responder a un oficinista raso que nos preguntara la profesión por mero y aburrido trámite.

Esto era absurdo, porque decirse uno mismo escritor no va contra la debida modestia: alude simplemente a un hecho, no a una valoración de calidad. Y debiera decirse como el abogado que es abogado; o el fontanero, fontanero. Jorge Guillén, la gran figura del 27 que a lo mejor va para Premio Nobel, me confesó que a él le pasaba lo

mismo; que a cualquier pregunta más o menos oficial nunca se había atrevido a manifestar como profesión la poesía:

“Y es que, mire usted, eso de ser poeta es tan improbable...”

Yo creo que pasaba así porque nadie tenía en regla “los papeles” de escritor. Jamás los tuvo —por ejemplo— Juan Ramón Jiménez, que en su vida no hizo más que escribir versos. Jamás Pío Baraja, que salvo lo efímero de su medicina en Cestona y su panadería en Madrid, se pasó una vida larga en el menester disciplinado y constante de escribir novela tras novela.

Pues bien. Ahora, recentísimo suceso, el autor de libros venales, así éstos sean portadores de las ideas más anárquicas y románticas, queda no sólo autorizado, sino obligado, a empadronarse como escritor. Y es que la sociedad ya no quiere bromas, no acepta el riesgo de un futuro en que tenga que

suplir por sí misma la imprevisión de los individuos. Y al igual que somete a los científicos, a los obreros manuales, a los labriegos, a los trabajadores autónomos..., agrupa a los escritores bajo el manto paternal que les cubra las necesidades del futuro. Un futuro que se prolonga en los jubilados hasta límites insolentes, y con unas apetencias de vida buena –de vida cara– como para ponerse a cavilar (los economistas).

En fin, he aquí que apartando por un rato las cuartillas esperanzadas o las galeradas fatigosas, me he puesto a cubrir el boletín de cotización, ejemplar rosa, para unir al Mod. R-2, en su día el Mod. A-2-E.L., y acaso la Declaración Jurada de la norma 3ª, Mod. DJ-2...

Luego he ido al rotulista y le he encargado con decisión una plaquita dorada para la puerta del piso. No más eminente que la del callista –podólogo– del apartamento de al lado. Pero tampoco menos.

(*La Vanguardia*, “Oficio de mirar”, octubre 1973)

VINO Y ROSAS EN EL NOROESTE

Querida Loyola...

Soy un escritor serio, poco dado a bromas y juegos de ocasión, pero ya en mi adolescencia empecé a observar que el verano le ablanda a uno la sesera y lo lleva a maquinarse taladas. Pienso que si en éste, que nos viene pródigo de calores y pasiones, se me concediera una noche excepcional para compartirla con persona de mi gusto, no dudaría en ofrecérsela a usted, y en esas me encuentro, doña Loyola, escribiéndole esta carta invitatoria que acaso roce la utopía. Pero de menos nos hizo Dios.

Le diré, por de pronto, el cuándo y el cómo del nacimiento de mi afición por su persona. Fue

al verla en el periódico, una mañana en que venía su retrato. Soy ajeno a las artes y artimañas del periodismo, pero imagino que a un director le ponen delante un montoncillo de fotografías y él elige con intención, y así a un personaje público podemos verlo favorecido o en el gesto infamante de expurgarse la nariz.

Usted estaba sencillamente, en éxtasis místico, próxima a la levitación, y lo que me cautivó fue la claridad con que pude ver en usted a una mujer piadosa, pero sin traza de nona o de beata. Y estaba hermosa. No intentaré adjetivos menos gastados. Sencillamente, hermosa. Renové entonces mi desacuerdo con los educadores de mi reprimida juventud, obstinados en que sus pupilos se enamorasen de las virtudes menos visibles y palpables de la mujer, o sea: del alma de la mujer.

“¿Y lo del cuerpo?”

“¡Nada! ¡Pasto de los gusanos!”

Usted, bienquerida Loyola, me confirmó en que las prendas interiores (del es-píritu, quiero decir) lucen más y al Creador más alaban si contenidas en una arquitectura de mujer compacta, de pelo a su aire, la tez morena y como si siempre estuviese recién lavada, recusadora de afeites (la describo a usted), y el sostén de unas piernas que se muestran en el punto conveniente al pudor y a la exhibición que dicta la condición femenina.

Anímesese, doña Loyola. Escuche, al menos, el diseño de mi trama —¡ay, las tramas!— para que usted y yo pasemos una noche inolvidable... Y pensemos ya en el lugar de nuestro esparcimiento. Desde luego, no la veo a usted en playa hormigueante ni en hotel o vividero de moda donde mal puede esquivarse el acoso de los correveidiles del corazón, por usted lo digo, que no por mi condición de contador de historias, sin mayor relevancia pública.

Venga conmigo a Pasárgada.

Suena a lo lejos, pero no lo es tanto. Yo suelo ir con frecuencia. A veces, sin apartarme de la mesa en que todos los días escribo. Puedo ir, incluso sin salir de mis pensamientos:

“Vou-me embora pra Pasárgada lá sou amigo do Rey lá tenho a mulher que eu quero na cama que escolherei” .

“Voy ahora para Pasárgada / allí soy amigo del Rey / allí tengo la mujer que yo quiero / en la cama que escogeré”. Manuel Bandeira escribió estos versos, el poeta brasileño era tuberculoso, no le dejaban ir en bicicleta ni montar en burro bravo ni hacer el amor, cuando todo eso era normal y permitido en la Pasárgada que soñaban sus versos.

Pero no exageremos. Le propongo una Pasárgada que se alcanza con sólo unos cientos de kilómetros de autovía, de esas que su amigo Álvarez Cascos anda bendiciendo con las tijeras de cortar la cinta, y es lugar ociduo y reservado donde

sólo hay poetas y soñadores y bebedores del vino de la noche, y todos saben relatos que pondrían en apuros al eremita san Antonio. ¿Recuerda? La reina de Saba (usted ha leído a Flaubert) se viste (o desnuda) en plan provocador, se presenta al solitario y lo tienta con sus encantos perfumados. Y nada. Pero la reina: “Yo traigo un montón de historias para contar, cada una más divertida que la anterior”. Y entonces, sí, el pobre eremita flaqueando en su devoción y tirándose de la barba desaliñada.

El vino de la noche, he sugerido para nuestro encuentro. No la imagino a usted en esa pose tontorrón y hortera de los “tragos largos”: un poco de alcohol exótico y un mucho de sifón como le llamábamos antes, ahora con piedras de hielo para que al remover las copas displicentes haya un tintineo cosmopolita. Vino tinto, vino rojo, vino del que sale en la Biblia que usted conoce tan bien como los códigos de la Comunidad Europea.

Venga, pues, doña Loyola, que en esa ciudad que digo las noches son mágicas, por menos de nada acuden personajes ya borrosos que por aquí anduvieron, quizá el heresiarca Prisciliano, o don Álvaro Cunqueiro o la muy viajera Eteria, pródigos de fabulaciones. Yo haré por seducirla con mis propios cuentos, artes que más serán de un Bradomín maduro (no la engañaré: voy haciéndome mayor) que de un playboy exhibidor de musculaturas. Y de broche platónico, cada uno a su cama y Dios en la de todos. Yo invento mucho, fantaseo mis erotismos diocesanos, pero a la hora de la verdad soy de la generación del 98, que en el fondo tiramos a castos. Y tú eres una dama virtuosa, esto en lugar primerísimo.

Cuando pase el verano, este verano locuelo, todo será distinto para ti. (Sólo unos pocos los sabemos). Y ya no habrá lugar adonde no te siga, admirada Loyola, un ejército de honores. Sería hermoso que alguna vez te acordases de (“nuestra

noche”, en tu próxima residencia de las afueras de Madrid. ¡Esos atardeceres del oeste en la Moncloa!

(*El Mundo / La Crónica*, “Mi sueño de una noche de verano”, agosto 2003)

SALIR EN LOS PERIÓDICOS

Todos los medios de comunicación inventados, y me arriesgo a prometer que todos cuantos se inventen en el futuro, me parecen incapaces de saciar mi necesidad del periódico nuestro de cada día. Pero no voy a negar (muchos lo hacen) que la televisión forma parte de mi dietética informativa, y no me parece desaconsejable cuando la entrega es condicional, o sea selectiva en vez de pazguata. Y por supuesto, La radio. A mí me cae muy bien la gente de la radio.

Del renacer evidente de las ondas deben de saber mucho los licenciados y doctores en Ciencias de la Información, que lo mismo se leen a

McLuhan que a don Aquilino Morcillo. Yo anduve en la Facultad, pero me desanimó esa cosa de la semiótica, de manera que tengo que investigar por mi cuenta. En principio me parece que el “boom” de las emisoras —si se compara con los tiempos heroicos de Radio León, en la casa del Roldán— se ha hecho con el auxilio del magnetófono, y por la abundancia y autonomía de los receptores que andan rodando en las casas por cualquier habitación o pasillo, en los coches, en el taller o en la sala del hospital. Pero luego, si uno lo piensa mejor, encuentra que el aliado decisivo de la radio está siendo el teléfono. O sea: la participación que permite a los oyentes “salir por la radio”.

La TVE; aunque nadie va —por ahora— pisándole los talones, también ofrece a su clientela unas formas de presencia en el invento, como esos auditorios .que parecen prefabricados por un director astuto: señora gorda, chica delgadita, niño con gafas, matrimonio biempensante... Un personal

que levanta el brazo o no lo levanta según aconseje (subliminalmente) el señor Hermida de turno, en espera del momento glorioso: cuando al final les dejan gesticular un poco y hacer señales destinadas a su barrio madrileño o a los tíos de un pueblo de Badajoz.

He empezado por declarar la dependencia, ya incurable a estas alturas, que me ata a la letra impresa. Aunque “vea” y “oiga” las noticias, el mundo no está inteligible y completo hasta que lo tengo en mis propias manos, las letras negras sobre el papel blanco. Por eso estoy advirtiéndole -a usted se lo digo, señor director- sobre la necesidad que tiene la gente de “salir en los papeles”. Sí, ya sé, los periódicos publican cartas de los lectores. Pero esos son escritos para exponer una opinión o una propuesta con firma. Yo quiero aludir a otro tipo de presencia más personal. Digámoslo sin rubor: unos actualizados “Ecos de sociedad” -bodas y bautizos, amontonamientos y separaciones, roturas de cadera y convalecencias-, sin olvidar

aquel recurso inagotable del movimiento de viajeros: “Ha llegado a nuestra ciudad, procedente de Veguellina de Órbigo donde tiene su residencia...”

Hágame usted caso, señor director. Quien se ve en el periódico (que además se puede recortar y guardar), quien contempla aunque sea una vez en toda su vida esa alineación única de los signos, del propio nombre, se vacuna contra la frustración, bien explicable, del anonimato. Y ahí verá usted un lector contento. Pero también un hombre (o mujer), que si es por sólo eso de “salir en los papeles”, ya no tendrá que espabilarse en la política. Ni siquiera como concejal.

(*Diario de León*, “Tribuna”, marzo 1983)

